

2020

Cuento 1 de *Tres viajes en blanco*

Carlos Gustavo Cabrera León

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Cabrera León, Carlos Gustavo (April 2020) "Cuento 1 de *Tres viajes en blanco*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 91, Article 34.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss91/34>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Carlos Gustavo Cabrera León

CUENTO 1*

Hace muchos, muchos años, por donde hoy está el parque detrás de mi casa, o tal vez por la Huaca Palao, o quizá un poco más allá, ella observaba una mariposa amarilla que acababa de posarse en una mazorca de maíz. No existían las casas de hoy ni la Panamericana Norte, la gente no se ponía jeans, tampoco camisas, la gente usaba prendas que parecían túnicas de manga corta y caminaba con sandalias. “Eres buena señal. ¿Qué sorpresa me espera?”, susurró ella acariciando su cabello negro, largo y sedoso. Ella tenía trece. Cuando nació la luna brillaba como nunca y, por eso, sus padres siempre oraban agradecidos cada vez que había luna llena. La mariposa voló haciendo una especie de espiral y desapareció entre el sembrío. Ella volteó y allí estaba él. Él también tenía trece, su piel era muy oscura, su rostro muy risueño. Él pasó con brusquedad su mano izquierda sobre sus cabellos trinchados, intentando ordenarlos en vano. Su padre quería que fuera guerrero como él, que fuera como un zorro valiente y decidido, y el muchacho era valiente pero sus músculos estaban tardando en desarrollarse y era tan distraído que más parecía un cachorro, un aprendiz de zorro. Los jóvenes se sonrieron. Hacía un par de años que no se veían. El padre de él tenía una reunión privada con el padre de la muchacha. El joven se había quedado en los alrededores para ver el paisaje y para algo más.

- Estás más bonita que estos maíces – dijo él.

- Tu cabello es más horrible que un matorral – respondió ella.

Unas gaviotas volaron sobre los jóvenes.

- ¡Quisiera ser como ellas! ¡Ver todo desde arriba! ¡Vendría volando a visitarte! – exclamó él.

* Es el primer cuento de la colección *Tres viajes en Blanco*.

- No hables tonterías – cortó la joven y añadió – Ya que tanto te gustan los maíces, ayúdame a recoger las mazorcas.

El muchacho ayudaba a la joven, pero esta se dio cuenta que él estaba “desconcentrado”.

- ¡Oye, zonzó! ¡Deja de mirarme y trabaja! ¿Así quieres ser un guerrero?

Mientras trabajaban, él le contó que los colli iban a pelear contra los incas, que no estaban dispuestos a dejarse someter como habían hecho hace poco los ichsma, los del señorío al que pertenecía ella.

- ¿Están locos? – preguntó, muy preocupada, la muchacha.

- Estoy listo para pelear hasta morir – dijo, muy serio, él.

- ¿Y a ti te van a dejar pelear? – dijo ella sorprendida.

- Soy ágil y veloz. Soy un zorro astuto - aseguró él con orgullo.

- ¡Serás un zorro debilucho! – aseveró ella, mirando al joven de arriba hacia abajo.

Él le explicó que pertenecía a un grupo de reserva, pues no sabían que tan grande sería el ejército inca.

- Quizá... no volvamos a vernos nunca – dijo él con una voz muy delgadita.

Los jóvenes se miraron a los ojos. A lo lejos chillaban unos loros.

- Yo no sé si los colli debemos dar ofrendas a Huallallo Carhuincho o si ustedes deben rendir culto a Pachacamac. ¡No sé si creer en los dioses! Pero pelearé hasta el final – sentenció el muchacho, golpeándose el pecho con un puño.

- ¿Qué hablas, zorrito confundido? Los humanos somos pequeños ante los dioses – dijo ella.

Y discutiendo sobre las deidades, sobre su poder, sobre si creer o no creer... los jóvenes se dieron un abrazo muy grande, se acariciaron con ternura y se quedaron largo rato mirándose a los ojos. “Desde pequeño... te observaba a escondidas” dijo él. “¡Ay, zorrito zonzó! ¿No te dabas cuenta que yo también te miraba?” dijo ella, suspirando. De pronto, aparecieron sus padres. Los muchachos disimularon. Ella poseía linaje, él no.

Cinco días después, unos sonidos de caracolas mezclados con gritos anunciaron el ataque incaico. Con lanzas, hondas y mazas de cabeza estrellada, los invasores sorprendieron y derribaron a muchos guerreros colli. El ejército inca era muchísimo más numeroso, parecía que todo acabaría rápido pero el Señor Colli reorganizó a sus hombres: un grupo contuvo a la primera línea de ataque incaica, en tanto él y los demás guerreros retrocedieron y se atrincheraron en una fortaleza. Con palabras de lealtad a su Señor y lanzando maldiciones a los incas, los guerreros colli que estaban fuera de la fortaleza iban cayendo ensangrentados. El gran Inca Túpac Yupanqui ordenó a sus hombres que rodearan la fortaleza. Desde la misma, los colli se defendían lanzando piedras con sus hondas.

Los icshma se enteraron que unos muchachitos, los del grupo al que pertenecía el aprendiz de zorro, estaban dentro de la fortaleza. Desde entonces, varias veces al día, la muchacha oraba desesperada a Pachacamac, a la Luna y a otros dioses. “¡Protejan a mi zorrillo! Él es muy joven aún. ¡Quiero volver a verle!”, decía. Pocos días después, su padre la tomó de las manos y mirándole a los ojos le habló así: “hija, hoy es un día triste, hoy nos han dejado muchos amigos, los incas entraron a la fortaleza de los colli y no han tenido piedad, a todos los que encontraron dentro... los han matado”. Desde entonces, cada mañana, ella despertaba gritando, lloraba por el joven y mencionaba con rencor a los dioses y a los hombres, acusándolos a todos de causar tanto dolor. “¡Ay, hija linda! Ya te recuperarás”, le decía su madre y la abrazaba. En otras ocasiones, agregaba: “tu dolor pasará y un día te casarás con un poderoso curaca”. La joven miraba a su madre con furia.

Una noche, la joven no podía dormir. Estaba más pálida que la luna. Se levantó y salió de su casa a escondidas. “¿Por qué estás tan clara? ¿Por qué no te vuelves roja, como la sangre?” murmuró observando a la gran luna llena. Caminando, llegó al borde de un canal de agua. Una mariposa amarilla se posó sobre una flor roja. “Eres buena señal. Aunque para mí ya no hay buenas señales”, suspiró la muchacha.

- Eres más bonita que todas las flores – dijo una voz.

- Estás muerto. Eres algo que me imagino – susurró la joven.

- “¡Eres un debilucho!”, me dijo mi jefe. Yo le supliqué que me deje pelear. “¡Aquí vas a estorbar! Ayuda a las mujeres”, me dijo. Huí con mi madre y unos parientes. Nos escondimos en unas cuevas. Allí empecé a crear canciones para el triunfo que soñé que íbamos a lograr.

Ella se lanzó a los brazos delgados y temblorosos de él. Él continuó su relato.

- Los incas no han tenido piedad de nuestros guerreros heridos. He perdido a mi padre, a mi hermano, a mis tíos. Se llevaron el cuerpo de nuestro Señor.

El muchacho se quedó un buen rato en silencio. Ella no sabía que decir.

- Nos encontraron. Ahora muchos guardias nos vigilan, nos amenazan, nos miran con desprecio, sonríen muy confiados. Hoy en la tarde, dos de ellos bebían a escondidas chicha macerada. Aprovechando que conversaban distraídos me escapé, caminé mucho y aquí estoy.

Los jóvenes, se miraron a los ojos. A lo lejos se escuchaban unas aves extrañas.

- Entonces, ¡los dioses me escucharon!

- Tal vez sí.

- Han protegido a mi zorrillo y yo reclamándoles.

- No quiero alejarme de ti. Ojalá los dioses pudieran ayudarnos.

Él deslizó sus dedos con suavidad por los cabellos de la muchacha,

ella apretó con mucho cariño ese caos que él tenía en la cabeza. Ella ya no estaba tan pálida.

- Mi zorrazo flacuchento...

- Mi niña que me alumbra...

- ¡Vámonos a algún lugar!

- ¿A dónde?

- Tal vez, cerca al mar. Luna grande: ¡ayúdanos!

- Yo haría poemas a la Luna si me permitiera vivir contigo para siempre.

- Poderosos dioses: han sido tan buenos... ¡Perdóñenme! ¡Ayúdenos!

De pronto, por uno de los depósitos construidos en el pequeño cerro que tenían enfrente, aparecieron dos guerreros incas, parecían estar buscando algo. Los muchachos intentaron esconderse entre unos arbustos.

- ¡Oye tú! – dijo una voz.

- ¡Entrégate! – ordenó otra.

Los jóvenes empezaron a correr.

- ¡Fugitivo! ¡Fugitivo! – gritaban los guerreros.

Los muchachos huían hacia el sur, se acercaban a las aguas del embravecido río Rímac y veían que ahora cuatro hombres los seguían.

- Gran Luna Llena: toda mi familia te reverencia, mi nombre está dedicado a ti. ¡Ayúdanos!

Con horror, descubrieron que otros guerreros aparecían por distintas direcciones.

- ¡Al río! – gritó ella. Él la siguió.

- Se van a matar – advirtió uno de los perseguidores.

- No tendrán valor. Ahorita los atrapamos – dijo otro, dejando de correr.

- En vano están orando – añadió uno más.

Los guerreros empezaron a caminar tranquilos, listos para apresar a los fugitivos. De pronto, del borde del río se levantó una polvareda, algunos hombres tosían, otros cerraban los ojos y se cubrían la nariz. Dos hermosas gaviotas emergieron de la orilla con un vuelo majestuoso. El polvo desapareció.

- ¿Dónde están? – Preguntaron, desconcertados, los perseguidores.

Los guerreros gritaban y buscaban, pero no daban con los muchachos. Mientras tanto, a lo lejos, se veían las siluetas de aquellas gaviotas que, con sus voces, parecían agradecerle a esa luna de verano y junto a ellas, en lo alto, esta historia se fue volando.



Brus Rubio Churay (Pucaurquillo, Loreto, Perú, 1984).
Su obra *El abrazo de Bunaima* (2018) en *INTI*, N° 89-90, primavera-otoño 2019.